AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 19.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMÓ PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs,—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Corpiño Graziella.—Miton para cazador.—Tapete para bajada de la cama, al crochet tunecino.—Cuello de esterilla á ondas.—Peinecillo-broche.—Corbata.—La azucena (flores de lana). — Polka mazurka. — La lluvia, por don Antonio Trueba. — Dieu protege la France, por don Manuel del Palacio.—María. — No hay niños, por don José Selgas.— Explicacion del figurin iluminado.

Corpiño Graziella.

La moda de los coseletes ó corpiños de tafetan hace nacer todos los dias una nueva variedad, generalmente adoptada por las señoritas y por las señoras muy jóvenes.

Se lleva este nuevo corpiño sobre otro de nansouk blanco, liso ó fruncido. Se cierra por delante; se le ponen para sujetarlo unas presillas que se cruzan por delante y por detrás. La manga llega al codo; estas y las presillas se guarnecen con rosetas de guipur estrecho; todas las partes del corpiño se adornan con una cinta estrecha de terciopelo negro. Se hace aquel de tafetan negro, ó bien de tela igual á la de la enagua; si esta tela es de color claro, se sustituye la cinta de terciopelo con un vivo de tafetan; los botones son de pasamanería adecuada al corpiño.

Miton para cazador.

MATERIALES.—Para el par: 25 gramos de lana céfiro de 8 hilos, gris; tres madegitas de seda ó lana verde.

Se hace este miton al crochet (á lo largo) con puntos sencillos y puntos en el aire, de ida y vuelta; se comienza por una de las listas estrechas, por consiguiente con la lana fina ó la seda verde; se hace una cadeneta de 47 puntos, sobre la cual se vuelve para la

1.ª *vuelta*, —* Se pasa el último punto de la cadeneta y se hacen sobre esta 16 puntos sencillos;—luego uno en el aire, por debajo del cual se pasa un punto de la cadeneta, —1 sencillo. Empiécese de nuevo 14 veces desde *. Vuélvase la labor.

2.ª *vuelta*. —* 1 punto en el ai-

CORPIÑO GRAZIELLA VISTO DE ESPALDA Y DE FRENTE.

© Biblioteca Nacional de España

re,—1 sencillo sobre el punto en el aire de la vuelta anterior, picando el crochet, no en este punto sino debajo de él. Vuélvase á comenzar 14 veces desde *,—1 punto sencillo en cada uno de los 16 siguientes, picando siempre el crochet en la parte posterior de cada punto para formar *costillas* ó resaltos.

3.ª *vuelta*.—Con esta comienza una de las listas anchas; se toma la lana gris (sin cortar la seda ó la lana verde con que se ha trabajado hasta aquí), se termina con la lana gris el punto empezado y se deja la seda pendiente hasta la próxima lista estrecha. Para esta 3.ª vuelta se hacen primero 16 puntos sencillos,—luego alternativamente un punto en el aire y otro sencillo sobre el punto en el aire de la vuelta anterior.

4.ª *vuelta*,—* 1 punto en el aire,—1 sencillo sobre el mas próximo punto en el aire de la vuelta anterior. Vuélvase á empezar 14 veces desde *. Déjense intactos los 16 últimos puntos sencillos de la vuelta anterior. Vuélvase la labor.

5.ª *vuelta*.—Alternativamente un punto en el aire y otro sencillo.

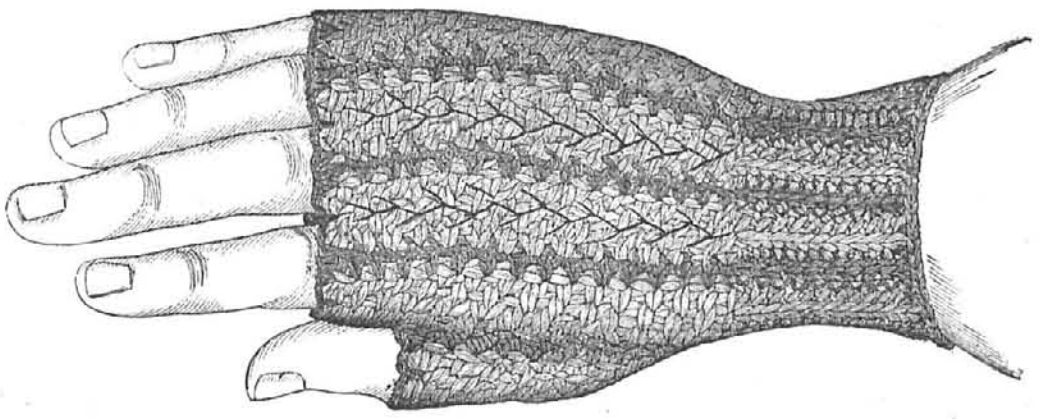
6.ª *vuelta*.—Como la 3.ª Sobre los 16 puntos abandonados en la 4.ª vuelta se hacen 16 sencillos, picando siempre el crochet en el lado de detrás de cada punto.

Viene luego una lista estrecha verde, compuesta de dos vueltas, tal como se ha descrito,—despues una lista gris compuesta de dos vueltas largas y de dos cortas: por consiguiente se vuelve á comenzar sin cesar desde la 1.ª hasta la 6.ª vuelta, hasta que el miton sea bastante ancho. En nuestro modelo tiene 8 listas estrechas y 8 anchas.

Despues de la última lista ancha se ejecuta el pulgar, y se deja intacta la parte inferior, es decir, el puño: en el último de los puntos de *costilla* se ata la hebra verde.

1.ª *vuelta* (del pulgar).—* 1 punto en el aire,—1 sencillo sobre el mas próximo en el aire de la vuelta anterior. Vuélvase á empezar 10 veces desde *, de modo que se dejen intactos unos 10 puntos del miton, que no se emplean para la ejecucion del pulgar. Se vuelve la labor, se hace la 2.ª vuelta como la 1.ª, hasta el último punto en el aire de la anterior.

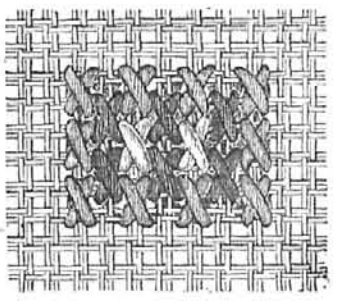
Con la 3.ª vuelta comienza la lista ancha hecha con la lana gris: se ata la lana al penúltimo punto de la 2.ª vuelta del pulgar, y se trabaja como se ha indicado: al volver para hacer la 4.ª vuelta se hace solo 4 veces un punto en el aire,—1 sencillo; se vuelve la labor para la 5.ª vuelta: en la 6.ª se hacen, no solo todos los puntos, sino tambien uno en el aire,—1 sencillo,—1 en el aire,—1 punto-cadeneta sobre los primeros puntos que se dejaron intactos en la 4.ª vuelta del pulgar pertenecientes á la 3.ª Para la 7.ª vuelta se vuelve á tomar la hebra verde y se dejan intactos (como en la 3.ª vuelta) 1 punto sencillo y 1 en el aire de la lista anterior. Cuando se ha ejecutado esta 7.ª vuelta hasta el fin de los puntos, se vuelve la labor y se hacen,



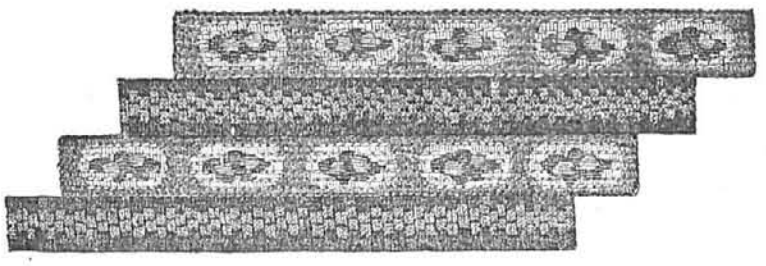
MITON PARA CAZADOR.

para la 8.ª vuelta, 6 veces seguidas 1 punto en el aire,—1 sencillo,—1 en el aire,—1 punto-cadeneta; se hace otra lista ancha gris repitiendo desde la 3.ª hasta la 6.ª vuelta. El pulgar está terminado.

Se cosen juntas la primera y la última vueltas del miton reuniendo primeramente los puntos inferiores *con costillas*,—luego los abandonados cuando se hizo el pulgar,—finalmente se cose el pulgar en el espacio que queda libre. Se toma la hebra verde para guarnecer al rededor el miton; en el borde inferior se hacen alternativamente un punto en el aire y 1 sencillo. El borde superior y el pulgar tienen una orla compuesta de una sola vuelta hecha del modo siguiente: 1 punto sencillo en el primero del borde,—* 3 en el aire,—1 sencillo en el primero de estos 3 en el aire,—1 sencillo en uno de los puntos del borde, de modo que se pasa uno ó dos puntos, á fin de que el pequeño feston quede plano. Vuélvase sin cesar desde *.—En la cara superior del miton se hacen, con seda negra, tres costuras á punto de espina.



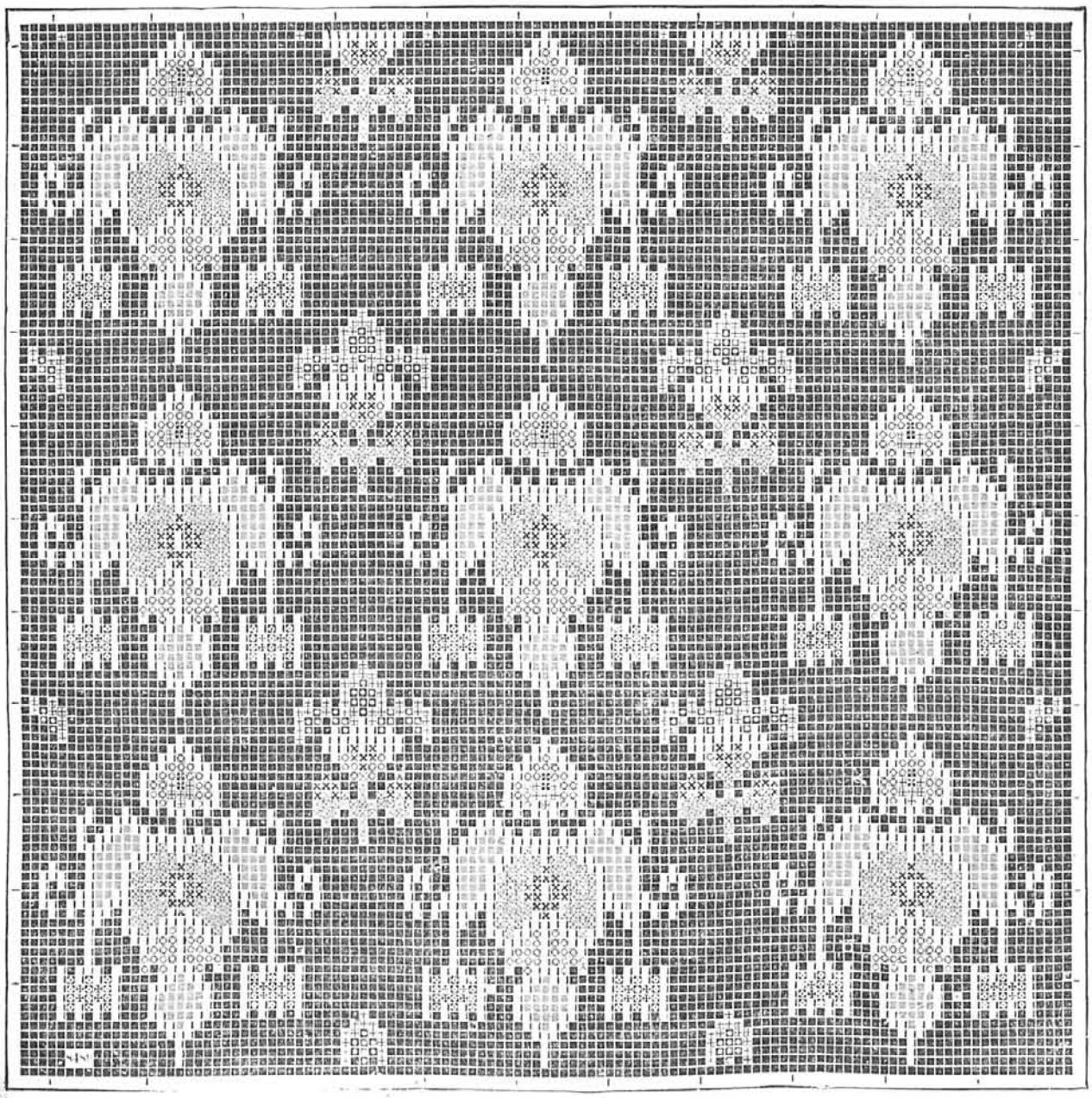
CRUZ LARGA (TAMAÑO NATURAL) PARA DIBUJO DE TAPICERIA.



TAPETE PARA BAJADA DE LA CAMA (CROCHET TUNECINO).

Dibujo de tapicería.

Este dibujo servirá para tapetes, butacas, asientos, taburetes, sacos de viage, etc. Se le puede ejecutar bien sea al punto comun, bien á la *cruz larga*, hecha sobre dos hilos á lo ancho y cuatro á lo alto. En el sentido de lo ancho las *cruces largas* se hacen encontradas, en el sentido de lo largo, están todas en la misma línea. Cualquier dibujo comun puede hacerse con este punto, *con la condicion de contar* dos cuadros pequeños por *una cruz*. Para aclarar esto, publicamos un dibujito que representa, en tamaño natural y á la cruz larga, uno de los cuadros que se hallan á cada lado del gran arabesco que forma el dibujo de tapicería. Repetimos que este dibujo puede ejecutarse con la cruz comun.



DIBUJO DE TAPICERIA.—Explicacion de los signos: ▪ Granate. × Verde inglés oscuro. ⊠ El mismo verde mas claro. ◘ Encarnado oscuro. ⊞ Encarnado menos oscuro. ⊟ Encarnado claro. ○ Violeta. ⁙ Negro. ⊡ Azul turquí. * Blanco. ' Maiz.

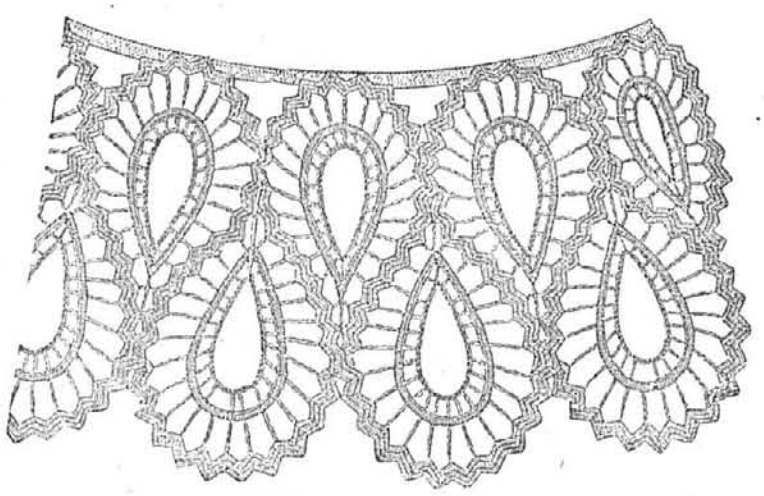
Cuello de esterilla á ondas.

Se cortará en papel la forma de este cuello y á él se trasladarán los contornos de la esterilla; el papel se pondrá sobre hule, y luego con la esterilla se seguirán los contornos indicados, cosiéndola en todos los sitios en que se cruza; como el dibujo lo manifiesta, la esterilla debe dirigirse desde el medallon inferior al superior, volviendo de aquí á otro inferior y así sucesivamente. El interior de cada medallon se rellena con una especie de rueda, ejecutada del modo siguiente con hilo muy fino: se pica á distancia regular á través de uno de los festones inferiores de esterilla, formando cada vez un buclecillo, que se rodea con la hebra una vez ó dos, segun que el buclecillo sea grande ó pequeño; se pasa dos ó tres veces la hebra por el borde su-

© Biblioteca Nacional de España

perior de estos buclecillos, estirándolos un poco, y sobre esta base se ejecuta un feston muy apretado y muy fino; en el lado vacío del feston se hacen otros buclecillos, y por ellos se pasa dos veces la hebra para estirarlos; esta última operacion podrá hacerse tambien á punto atrás.

Al coser la esterilla, ha de evitarse cuidadosamente el picar el papel con la aguja. Otra esterilla mas estrecha y recta se pone en la abertura del cuello.



CUELLO DE ESTERILLAS A ONDAS.

Tapete para bajada de la cama, hecho al crochet tunecino.

MATERIALES.—500 gramos de lana pensamiento; 400 gramos de lana negra; 200 idem de lana blanca; 3 puntos del color verde; 5 del rosa ó cereza; seda de Argel amarilla.

NOTA.—Las cantidades son aproximadas, porque dependen del mas ó menos largo y ancho que se quiera dar al tapete.

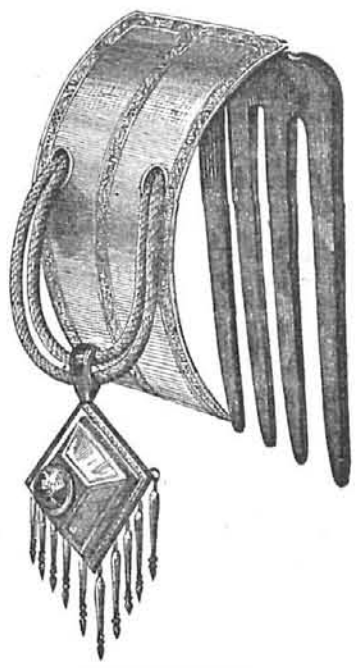
Cuatro dibujos se consagran á esta labor. El uno representa las listas reunidas, formando escalones, á fin de que cada cual pueda darse cuenta de su efecto y de su modo de union. Un dibujo de tapicería se destina al ramo de rosas, que se borda en cada medallon de la lista al crochet tunecino. Otros dos dibujos representan las dos listas que componen el tapete indicadas de tamaño natural.

Lista al crochet tunecino.—Se hace una cadeneta de 17 puntos, y se conserva este número rigorosamente. En el medio de la fila (de derecha á izquierda) de la 5.ª vuelta, se comienza el medallon blanco haciendo 5 puntos con la lana blanca. Está de con lana negra.—La 2.ª lista se hace no *atravesada* como la anterior, sino á lo largo; se hace por tanto con la lana negra una cadeneta del mismo largo que las listas.

1.ª *vuelta.*—* En cada uno de los dos primeros puntos se hace 1 sencillo,—se saca la hebra á través del punto siguiente:—se hacen otros tres en el aire,—se termina pasando la hebra á través de los 2 bucles que hay en el crochet. Llamaremos á esto *una brida en el aire.* Se forma otra en el punto siguiente,—se principia siempre de nuevo desde *.

Todas las vueltas son semejantes á esta, solo que se hacen los puntos *encontrados*, es decir, que se hacen siempre las 2 bridas en el aire sobre los 2 puntos sencillos, y los dos puntos sencillos sobre las 2 bridas en el aire. La 2.ª vuelta es tambien de lana negra, luego hay 4 con lana pensamiento, y para terminar,—2 con lana negra.

Es casi inútil añadir que se pueden ejecutar todas las listas al crochet tunecino. La 2.ª seria negra con medallon violeta; en este se bordaria á la cruz ó á punto ruso, una estrella, una rosácea, etc. con la seda amarilla de Argel.



PEINECILLO-BROCHE.

mas añadir que estos se desmontan en la 2.ª fila de la 5.ª vuelta, siempre con lana blanca; desde este momento se trabaja con tres ovillos: uno blanco y dos violeta, á fin de dejar la hebra sin cortarla cuando se abandona un color, y poderla volver á tomar cuando de nuevo se trabaja con aquel color. La 6.ª vuelta tiene 8 puntos blancos,—la 7.ª, 10,—la 11.ª 12, luego se menguan 12 puntos. Se hacen 16 vueltas con el número en la proporcion observada para el crecido. Cuatro vueltas violetas separan cada medallon; cada uno de estos va rodeado de puntos atrás, hechos con seda amarilla. En el medio del medallon se borda (*á la cruz*) el ramito: las dos rosas pueden ser iguales, ó bien una mas oscura que la otra. Cada lista al crochet tunecino se rodea con una vuelta compuesta de puntos sencillos hechos

Peinecillo-broche.

Se llevan estos peinecillos con castaña de lazos formados por dos ó cuatro cocas. Nuestro modelo es dorado con adornos mates, y cadenita de la que cuelga un cuadrado con una gruesa cuenta de coral, y al rededor bellotitas de oro.

Corbata.

Se la hace de tafetan negro bordado con un salpicado de estrellas de torzal de seda encarnado, al punto ruso. Se cortan los cabos separados de la tira que rodea el cuello; la corbata lleva al rededor un rizado de cinta estrecha encarnada guarnecida con un encage tambien estrecho.

Cesto para varios usos.

Este cesto descansa sobre un pié de madera pulimentada; con este pié y el asa el cesto tiene 74 centímetros de alto; sin el pié y sin el asa solo tiene 38, y la misma medida en cada lado y en diámetro.

Los lados se cubren con un lambrequin ejecutado en tapicería sobre canevas del n.º 18, á punto doble-cruz; es decir, sobre 4 hilos á lo largo y á lo ancho; este lambrequin se forra de percalina, y se le orla con un fleco de cuentas ó de lana: se le cose al cesto, y esta costura se cubre con un rizado doble de cinta de lana encarnada de 3 centímetros de ancho.

FLORES DE LANA.

LA AZUCENA.

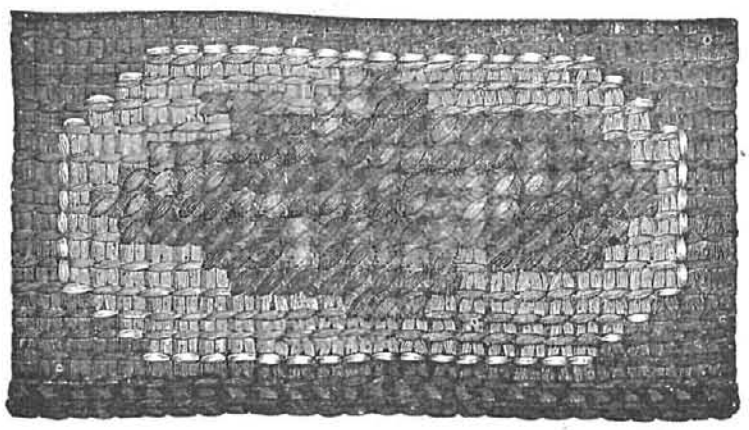
Para ejecutar esta flor, se empleará alambre fino de dos diferentes gruesos, lana céfiro blanca, felpilla blanca y felpilla verde, armadas en alambre.

Se toma el alambre mas grueso, se corta un pedazo de 16 á 18 centímetros, y se le dobla de modo que se le dé la forma de una de las hojas de la azucena (véase el dibujo de la hoja). Antes de torcer los dos cabos del alambre, se sujeta en la punta de la hoja un pedazo del alambre mas fino *doblemente torcido*, envuelto por una hebra de lana; se tuercen en seguida todos los alambres juntos y luego se principia la hoja. Se separa una de las hebras de la lana céfiro: se la deja á un lado, se ensartan las otras hebras en una aguja de tapicería, y se envuelven los alambres consultando las indicaciones dadas por nuestro dibujo. Para formar la vena del centro, se pasa la aguja una vez por debajo del alambre del medio, luego al rededor del alambre del lado; al volver, se pasa la aguja otra vez por debajo del alambre del medio; pero antes de pasar mas adelante se envuelve con la lana este mismo alambre, luego se la lleva al rededor del alambre del lado. En este sencillo procedimiento, hay que cuidar solo que se pase *una vez* la hebra por debajo del alambre del medio *sin* envolverlo, envolviéndolo la vez siguiente; no ha de olvidarse el separar uno de los hilos de la lana, porque así se hace esta mas pastosa, mas flexible que si hubiese quedado enteramente torcida. Cuando se han cubierto del todo los alambres, se sujeta la hebra debajo, y se encorva un poco la hoja hácia afuera; así se hacen 6 hojas, luego se prepara el pistilo. Se

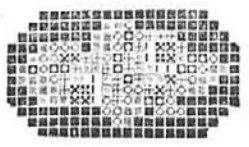
CORBATA.

toman 18 centímetros de felpilla verde alambrada y se forman en uno de sus extremos 3 bucles iguales, cada uno de dos centímetros de largo; estos bucles se aprietan y se sujetan con alambre muy fino, con el resto del cual se rodea la que queda de la felpilla. Cada uno de los 6 estambres está formado por un pedazo de felpilla blanca armada en alambre, que tenga 8 ó 9 centímetros de largo, de la cual se deshilacha uno de los extremos, de modo que aparezca solo el alambre, que sirve para rodear un pedazo de lana amarilla de 1 centímetro de largo.

Se añade al pistilo otro pedazo de alambre bastante grueso para formar el tallo: se colocan los estambres al rededor del pistilo, luego las 6 hojas de la azucena, y se rodean todos los extremos del pistilo, de los estambres y de las hojas con lana verde; al continuar envolviendo el tallo con la misma lana, se fija el follage, cortado de papel verde.

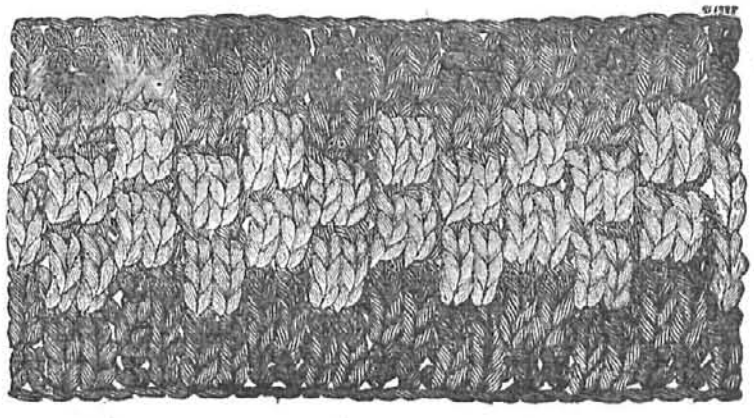


TAPETE PARA BAJADA DE LA CAMA (CROCHET TUNECINO).



DIBUJO DE TAPICERÍA PARA BORDAR EL TAPETE.

Explicacion de los signos: ▯ Rosa muy claro. ▯ Menos claro. ⊞ Rosa color medio. ✕ Mas oscuro. ▯ Rosa oscuro. ▯ Verde claro. ▯ Menos claro. ▯ Verde oscuro.



TAPETE PARA BAJADA DE LA CAMA (CROCHET TUNECINO).

© Biblioteca Nacional de España

LA LLUVIA.

Ya ha llovido desde que existe la costumbre de decir que es intolerable la vida en las comarcas septentrionales porque llueve mucho en ellas!

Hijos del Mediodía, cuando huyendo del sol canicular que abrasa vuestros hermosos campos vengais á respirar las auras de nuestras frescas y verdes montañas, estudiad un poco el estado físico y moral de los habitantes de este país á ver si descubrís en ellos la influencia perniciosa que se atribuye á los climas septentrionales.

Nuestro cielo no sonríe ciertamente con tanta frecuencia como el vuestro; pero en cambio aquí sonrien siempre los labios y los corazones. Nuestra atmósfera no es tan serena como la del Mediodía, pero aquí las almas están siempre serenas. Aquí los pájaros cantan menos que en vuestros campos, pero no hay pueblo en la tierra donde los hombres y las mujeres canten tanto como aquí. Aquí la aurora no derrama en el cielo tintas tan rosadas como en las regiones meridionales, pero la tranquilidad del alma y la salud del cuerpo tiñen aquí los rostros del color de la rosa.

Tenia yo en Madrid un amigo cuyo sueño dorado era vivir en una casita rodeada de unas cuantas fanegas de tierra donde hubiera flores y fruta, y enramadas, y praderas cubiertas de oloroso césped.

Habia estado en las provincias vascongadas, y desde entonces databa este sueño, porque aquí habia encontrado, como el docto don Fermin Caballero, el modelo de la finca agraria, y aquí habia empezado á envidiar la dicha del que tiene

una heredad en un bosque
y una casa en la heredad,

como dice el cantar vascongado.—Llegó un dia en que se decidió á abandonar la vida de la córte para adoptar lo que habia envidiado en nuestras montañas, y como me consultase sobre la comarca donde se habia de establecer, le dije:

—¿Porqué no se decide V. por las provincias vascongadas?

—Hombre, me contestó, mucho me gusta aquel país, pero tiene un demonio de inconveniente, y es que llueve allí mucho.

—Pues establézcase V. en las cercanías de Madrid, donde las lluvias no son tan frecuentes.

—Tampoco me conviene este país porque los frios y los calores son aquí extremados y casi todo el año está aquí muerta la vegetacion.

—En cuanto á la vegetacion, ya verá V. como la resucita el agua del Lozoya así que empiece á desparramarse por esos campos.

—Ríase V. de las ilusiones que en cuanto á eso tienen los madrileños. V. sabe que una línea de verdura señala en todas partes el curso que llevan hasta los mas pobres arroyuelos. Hace cuatro años surge del Partidor del Canal de Isabel II un torrente de agua del Lozoya, y atravesando los campos del Amaniel y la Moncloa, se precipita en el Manzanares. Pues examine V. el curso de ese torrente y verá que ni un arbusto ni casi aun yerba le señala. Desengáñese V. el agua no basta para hacer brotar la vegetacion de los arenales.

En vano traté de convencer á mi amigo de que era exagerada su prevencion contra los campos que rodean á Madrid, y pocos dias despues me anunció que habia comprado en la provincia de Murcia un pedazo de terreno donde iba á establecer su paraiso modelado por los que habia visto en las provincias vascongadas.

Un año despues me escribia:

«Estoy desesperado con la falta de lluvias: este terreno es inmejorable: pero como hace medio año que no ha llovido, mis pobres árboles se van secando, mis pobres flores han muerto y mis pobres praderas están peladas como las de Amaniel. El polvo lo abrasa todo y hasta yo mismo parece que me abraso y me ahogo en esta atmósfera ardiente y seca. ¡Ay, quién nos diera á mis árboles y á mí un poco de aquella lluvia saludable y consoladora que rara vez niega Dios á los campos vascongados!»

Y pasado otro medio año me volvió á escribir:

«Estoy desesperado con las lluvias que cayeron hace algunos meses: mis árboles, mis flores, mis praderas se reanimaron como si la bendicion de Dios les hubiera caido, pero vinieron despues los calores, y las aguas depositadas en las acequias y el fondo de la tierra se corrompieron y sus exhalaciones queman las plantas y á mí me han producido unas pícaras tercianas que milagro será no me lleven á la sepultura. ¡Cómo se las compondrá Nuestro Señor en las provincias vascongadas para hacer que llueva con frecuencia sin que la humedad perjudique á las plantas ni produzca á las personas esas pícaras tercianas?»

Al leer esta carta y recordar la anterior, alcé los ojos al cielo y exclamé:

—Señor! muchos milagros has hecho, pero te falta aun el mayor, que es hacer que llueva á gusto de todos.

Hay en la lengua castellana una frase proverbial que acusa á los hombres de indiferencia cuando oyen caer el riego del cielo. «Lo oye como quien oye llover» decimos para expresar el indiferentismo del que oye sin interés ni sorpresa un consejo, una noticia ó insulto. Adoptando ya esta frase, ¿qué razon hay, pregunto, para que los hombres oigan caer la lluvia como quien oye llover? No encuentro razon alguna para tal indiferencia, porque la lluvia es el mayor de los dones que el Señor reparte á la tierra.

No la saco á relucir sin por qué ni para qué, la saco para darle públicamente las gracias por la frecuencia con que se digna descender á nuestros valles y montañas.

El sol ha endurecido á nuestros campos y apenas puede romperlos el arado ni la laya. Oscurécese el cielo, la lluvia cae, y el labrador sonrie de alegria viéndola ú oyéndola caer, asomado á su ventana ó chupando su pipa á la orilla del hogar. Con razon sonreia el labrador al caer la lluvia, porque gracias á ella la yerba brota fresca y lozana en los campos donde el ganado rabiaba de hambre y la tierra se presta dócil á que el arado y la laya penetren en sus entrañas á prepararlas para que el trigo y el maiz germinen en ellas.

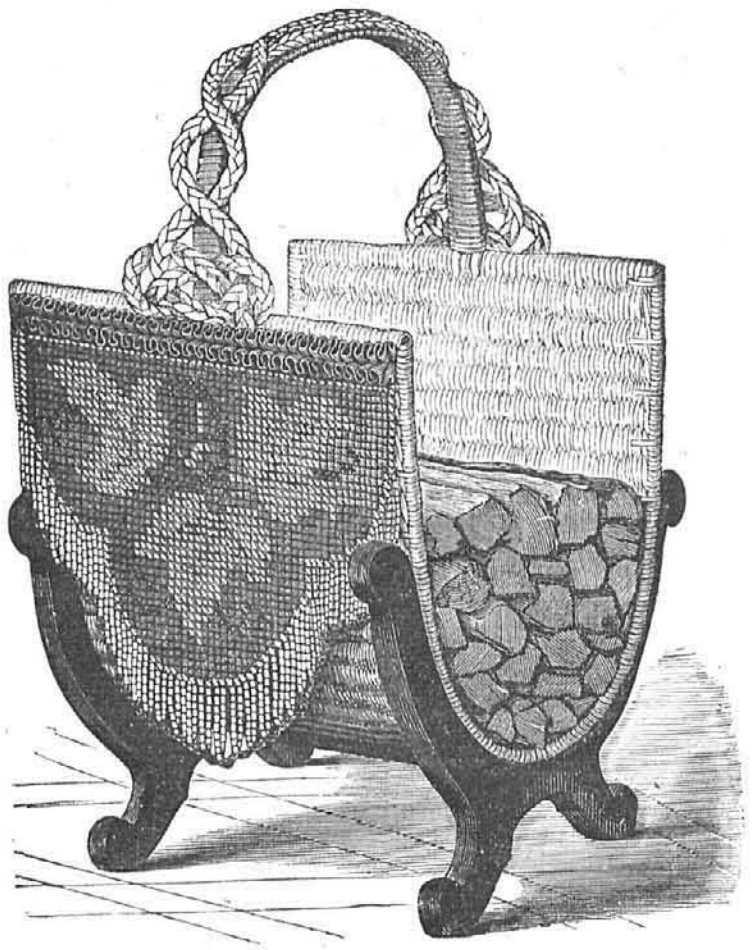
Ya el labrador ha depositado bajo cada terron un dorado grano de maiz y cada grano es una dorada esperanza para la familia. Germinan al fin estos granos, pero la delicada planta no puede romper la tierra que la cubre endurecida por el sol. La lluvia desciende y las plantas rompen su prision, y crecen, y favorecidas con frecuencia por el riego del cielo, convierten las esperanzas en realidades, y el grano de maiz torna centuplicado al granero de donde salió.

¿Qué seria de vosotras, lindas vegas de Guernica, de Durango, de Marquina, de Orduña, de Alvia, de Baracaldo siempre verdes y profundas, y qué de vosotras, altas montañas de Oiz, de Solluve, de Urquiola, de Pagazarri, de Colisa, siempre verdes y risueñas, si la bendicion del cielo en forma de lluvia cristalina no bajase con frecuencia á refrescaros? Vuestras antípodas las vegas y las montañas que arrulla el Mediterráneo, faltas casi siempre, y casi siempre ansiosas del riego del cielo, acusan á este de injusto, pero la injusticia está en ellas que no comprenden cuán sabio es el Señor al distribuir sus dones á la tierra.

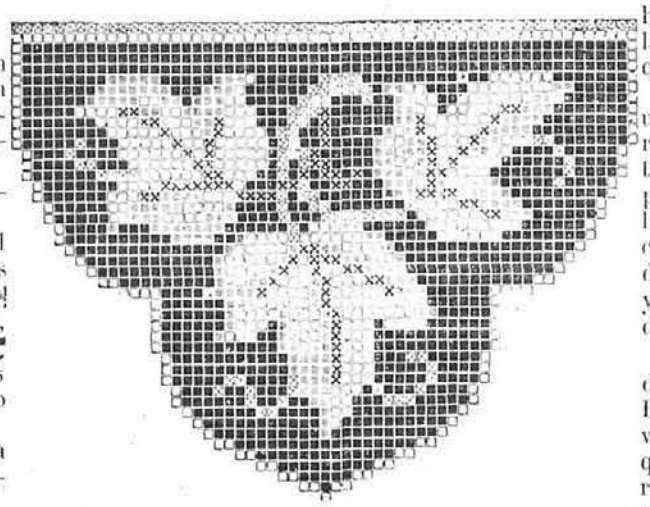
Riego del cielo, yo te bendigo así cuando caes mansamente sobre nuestros valles y montañas sin desgarrar una hoja ni arrebatar una yerba, como cuando caes á torrentes y desbordando los cauces naturales por donde caminas al Océano, invades nuestras vegas. Yo te bendigo siempre, porque el Señor es sábio y justo, lo mismo cuando al verte suspendido sobre los campos del Mediodía, te dice: «no caigas!» que cuando al verte suspendido sobre los campos de Septentrion, te dice: «cae!»

Nuestra débil vista no alcanza á descubrir la razon por qué el Señor dice á la lluvia en unas partes «no caigas,» y en otras «cae;» pero esta razon existe y debemos respetarla y respetar el santo misterio en que el Señor la envuelve.

ANTONIO DE TRUEBA.

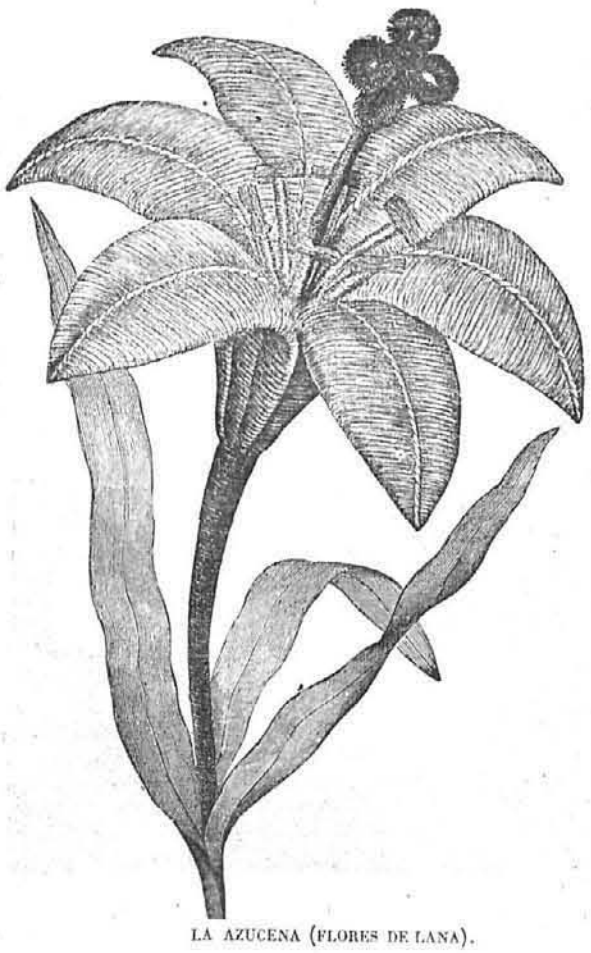


CESTO PARA VARIOS USOS.

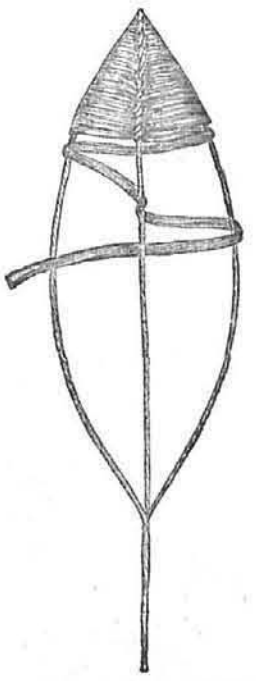


LAMBREQUIN PARA EL CESTO.

Explicacion de los signos: ■ Lana punzó. ⊡ Gris claro. □ Blanco. ⊠ Negro. ⊠ Amarillo de oro.



LA AZUCENA (FLORES DE LANA).



EJECUCION DE UNA DE LAS HOJAS DE LA AZUCENA (TAMAÑO NATURAL).

© Biblioteca Nacional de España

CEDRUS DEODORA.

A Mme Noema BOSSON DOUVILLE. POLKA-MAZURKA. Por Mlle Antonia DONEY.

PIANO.

© Biblioteca Nacional de España

DIEU PROTEGE LA FRANCE. (1)

HISTORIA DE UN NAPOLEON.

Se suele exclamar con frecuencia:

—¡Si yo tuviera 25.000 duros!

Yo mismo, en esos momentos en que todo sobra, y en que sin embargo, se necesita todo; en esos momentos en que suspiramos por la tranquilidad perdida, y por la ventura que no sabemos encontrar, he levantado mas de una vez los ojos al cielo, repitiendo lleno de fe aquellas tristes y suplicantes palabras:

—¡Si yo tuviera 25.000 duros!

Recuerdo que la última ocasion en que esto sucedió me hallaba en uno de los cafés mas concurridos de la Córte, y en medio de un círculo de amigos en el cual se hablaba de las inmensas dichas de la riqueza, que nunca llegan á conocer los desheredados.

¡Veinte y cinco mil duros! murmuró uno de ellos al oirme, golpeando ligeramente el suelo con el gastado tacon de su bota.

¡Medio millon! repetia otro, buscando en el fondo de su bolsillo dos cuartos para dar á un pobre que los pedia con mucha necesidad.

¡Bah! dijo de repente el mas grave de todos, y que hasta entonces no habia despegado sus labios; todo eso no pasa de ser una tonteria; deseais el dinero como se desea todo lo desconocido; como desearíais tal vez la pobreza, si hubiéseis nacido millonarios.

—Pero aun dando eso por supuesto, Enrique: ¿tú admites que hay muchas cosas á que nosotros no podemos aspirar por falta de ese requisito?

—Podrá haber algunas, y si os reis como veo de mi confianza, afirmaré que no las conozco.

—Tú deliras, chico, y es lástima, porque fuera de esta cuestion, eres juicioso y razonable. ¿Pero qué mas? ¿no se empeñó el otro dia en sostener que un napoleon, un sencillo napoleon con *n* pequeña, podia en situaciones dadas proporcionar la felicidad?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! exclamaron en coro todos los oyentes.

—Reid lo que querais, pero yo me sostengo en lo dicho; un napoleon, ó lo que es igual, cinco francos, puede hacer á un hombre dichoso, rico, y si me apurais hasta título de Castilla.

—Yo lo creo, interrumpió el mas incrédulo; hay bastantes que con menos lo han conseguido; el juego, los manejos de cierta clase...

—Nada de eso; no es cosa que pueda afectar á la conciencia; aquí no hay nada de trampa ni de albur; es cuestion en que nada tienen que ver la policía, ni el Código penal.

—Explícate.

—Pues bien, voy á explicarme; yo he comprado la felicidad con un napoleon.

—¿De veras?

—¡Hombre!

—¡Chico!

—Dejadme hablar; cuando he dicho que la he comprado, no lo he dicho todo; quise comprarla...

—¿Pero no se vendia por tan poco?

—Sí; se vendia por menos aun; de balde.

—Cuéntanos eso, Enrique, porque debe ser cosa divertida.

—Corriente; pero jurad antes no interrumpirme hasta el final.

—Lo juramos, dijimos todos á una voz.

—Pues entonces, oid.

I.

Era el último domingo del mes de Setiembre.

Caia una lluvia abundante, y desde la ventana de mi cuarto miraba yo con cierta satisfaccion apretar el paso á los transeuntes que cruzaban la calle; buscar los tímidos un asilo en el portal mas inmediato, y lucir mas de una hermosa su blanca enagua, bajo la cual asomaban dos piés, que dieran envidia á los de la estátua de Juno.

Acababa de levantarme, y por cierto de mal humor; habia satisfecho la tarde antes algunas pequeñas obligaciones, y mi capital se reducia á un napoleon.

No soy de los que tiemblan al aspecto de la miseria; pero acostumbrado á una mediania honrosa, me inquietaba la idea de tener que molestar á mi familia ausente, ni menos contraer ningun compromiso.

Decidíme, sin embargo, á arrostrarlo todo, y para hacer mi resolucion mas fuerte, me propuse gastar mi único napoleon aquella mañana.

Salí, pues, á la calle, bien armado de gaban y paraguas, y con andar ligero me encaminé hácia la Puerta del Sol.

No me he explicado nunca la causa, pero me gusta un dia lluvioso, sobre todo en Madrid, donde el agua no es un obstáculo, para que se ande, se visite, se pasee; sino que es, al contrario, un aliciente para los aficionados al bello sexo, y para aquellos que gozan con las interioridades.

Seguí, pues, mi camino casi alegre, sin acordarme del porvenir. Ve[illegible] mas pensamiento que el de satisfacer del m[illegible] sible mi singular capricho.

[illegible]ce, cuando llegué á la calle de la Monte[illegible]staban cerradas en su mayor parte, y nada veia en las demás cuya compra pudiera halagarme; pensé almorzar, pero era demasiado temprano, y por otra parte, esto no llenaba mi deseo: necesitaba reflexionar, y para hacerlo con mas recojimiento, entré en la iglesia de San Luis.

El templo estaba lleno, se habia empezado la misa, y un débil resplandor iluminaba la nave y las galerías paralelas; cerré por un momento los ojos, y al abrirlos pude distinguir cerca de mí dos señoras que oraban, al parecer, con gran fervor.

Llegó la hora de arrodillarse, y lo hice á su lado; al levantarnos, una de ellas se apoyó en mi distraida, pero conociendo al punto su error, se volvió murmurando:—Usted dispense, caballero.—No hay de qué, señorita, contesté en seguida. Me miró con dulzura, y nada mas.

Salimos de la iglesia juntos, y la lluvia continuaba; hubiera sido grosero en mí no ofrecerles el paraguas; se lo ofrecí al bajar la escalinata, y aceptaron, aunque con trabajo.

Pero esto no era bastante. Yo necesitaba gastar mi napoleon; habia salido de casa con este objeto, y la ocasson me parecia digna. En otro momento, quizá hubiera vacilado; en aquel, retroceder equivalia á un crimen.

Tendí la vista en derredor, y ví parada á pocos pasos una modesta carretela con número, aunque sin rótulo de alquiler. Hice una seña al cochero, que sonrió estúpidamente por toda contestacion, y que solo se aproximó al verme acompañado de mis dos desconocidas, lo cual atribuí á un deseo inmoderado de propina. Abrió por fin la portezuela, y una vez colocadas las señoras, me dispuse á subir al pescante, en tanto que ellas daban al auriga las señas de su habitacion. No me fué posible realizar mi propósito; al poner el pié en el estribo, una voz dulce como la brisa, llevó hasta mi oido estas palabras:

—Caballero, la galantería de usted merece mas alta recompensa. En un carruaje de cuatro asientos bien podemos ir tres con comodidad. Creo inútil decir el entusiasmo y la alegría con que fué admitida por mí semejante oferta.

El coche partió á escape por la calle de la Montera, subió por la de Fuencarral, torció por la del Desengaño, y despues de algunas vueltas, paró delante de una magnífica casa en la calle del Pez.

Habia llegado por fin la hora deseada; mi napoleon iba á pasar á manos del cochero que me daria un millon de gracias, y mi desconocida jóven, pues se me ha olvidado decir que la otra era vieja, y con trazas de ama de gobierno ó cosa parecida, iba á añadir este rasgo de generosidad á mi noble accion. Toda una eternidad de amor y de delicias se desarrolló ante mis ojos, del mismo modo que se desarrolla ante los del admirado espectador el inmenso lienzo del Misissipi.

¡Una conquista! y por 19 rs.! tanto gozo me aniquilaba; era mas de lo que pude nunca ambicionar.

¡Oh! ¡vanidad humana!

II.

Retrocedamos.

He dicho que el carruaje se detuvo en la calle del Pez, pero necesito indicar lo que sucedió en el camino.

Ya instalados los tres en la carretela, pasaron algunos minutos en el mayor silencio: no se oia en el interior mas ruido que el de las gotas de lluvia que se quebraban en los cristales, y el martilleo de las ruedas que giraban con una rapidez no consentida por los bandos de buen gobierno, pero no por eso menos natural.

Era preciso decidirse á salir de aquella inmovilidad y me decidí.

—Señorita, murmuré por lo bajo, y no sin alguna turbacion; quizá habré parecido á usted un atrevido; quizá no debí ofrecerla mas que mi paraguas, pero la casualidad de haber hallado este carruaje tan á punto...

—En efecto, es casualidad que haya sido este, pero no insistamos en eso; al aceptar su cortés ofrecimiento, no he hecho mas que corresponder á un acto de galantería con otro de bondad, y si le he exijido que me acompañe es para sacarle de un error y probarle cómo recompenso hasta los mas pueriles beneficios.

—Agradezco lo último, y me resigno á lo primero; error ha sido y grande haber yo pensado, señora, conquistar un corazon por medios tan vulgares; mas pongo á Dios por testigo de que yo aceptaria cualquiera, por arriesgado que fuese, siempre que lograra conducirme á ese fin.

—Caballero, es una declaracion en regla la que usted me hace, y todavía creo que no nos conocemos lo suficiente para que podamos hablar con seriedad de ciertas cosas; yo no he visto á usted hasta hoy en ninguna parte, y usted es probable que ignore quién soy, y cómo me llamo...

—Si tuviera la felicidad de saberlo...

—¿Por qué no? un nombre pocas veces vale la pena de ser ocultado; el mio es, Camila Sandoval.

(Advierto entre vosotros esos síntomas que caracterizan la duda; reid cuanto querais, pero os advierto que mi narracion está justificada con pruebas.

—A ver, á ver, gritaron en coro los oyentes.

—Silencio, perjuros; los comprobantes se presentarán al final. Continúo):

Tantas y tan repetidas muestras de deferencia exijian de mi parte una absoluta confianza. Entonces le conté mi historia, mi posicion, mis sueños, y ella lo escuchó todo con alegría, con curiosidad, casi con interés. Desde aquel momento la conversacion se animó, reimos, fumamos (fumé yo solamente, pero ella se resignó á sufrir el humo), y cuando llegamos á su casa, ya sabia yo que tenia veinte y cuatro años, que era viuda, que su marido habia muerto en un desafío, que fué un calavera, y que ella no respetaba mas autoridad que la de una tia que la habia educado, y la de la buena vieja que la acompañaba, y que se hubiera dejado matar por su señorita.

Esto era lo que habia sucedido cuando paró el coche en la calle del Pez.

Lo confieso con orgullo; en aquel instante, mis ojos estaban fijos en Camila, pero mis dedos apretaban convulsivamente el napoleon.

Creí morir de gozo al dar la mano para bajar á mi nueva amiga, y ver en pié junto á la portezuela la figura estúpida del lacayo, que miraba con una atencion tan impertinente, como si quisiera sondear todas las profundidades de mi bolsillo.

Y es que un napoleon es quizá la realidad de muchas esperanzas, el consuelo de muchas aflicciones, la base de muchas fortunas.

Yo lo creia sin embargo como vosotros; yo tambien me figuraba que el dinero era la felicidad, y hubiera cambiado toda la gloria del capitan del siglo, por uno solo de sus retratos, los cuales adoraba en secreto, aunque este amor fuera pocas veces correspondido.

¡Un napoleon! hay en Madrid muchas virtudes que se venden por poco mas; muchos aduladores que se compran por algo menos; muchos títulos que se alquilan si lo reciben al contado, y muy pocos corazones que no sacrifiquen al deseo de adquirirlo, lo mismo la ilusion de la infancia que el prestigio de la ancianidad; lo mismo el pedazo de la vida, que se llama esperanza, que el pedazo de la conciencia, que se llama honra.

Pronto vereis si he hecho mal al cambiar de opinion.

III.

—Usia dispense, caballero: pero me pagaron las señoras al tomarme hace mas de dos horas, y me dieron tambien una buena propina. Además, tengo que esperar aquí sus órdenes, y nada puedo recibir.

—¿Luego tú estabas en la iglesia?...

—Alquilado, caballero, alquilado por la señora de Sandoval, mi antigua ama.

—Siendo así, no insisto.

Estas fueron las contestaciones que mediaron entre el cochero y yo, mientras Camila penetraba en el ancho portal de su morada, frotando sus oscuras botitas de raso en la fina estera que lo cubria. Mi sorpresa habia sido tan profunda, que no acertaba á salir de ella, y tal vez hubiera desaparecido sin despedirme á no oir la dulce voz de mi amable protectora que me decia:

—Espero me hará usted el favor de subir, caballero; lo contrario seria una falta de confianza que no le perdonaria nunca.

—No sé si debo... mis ocupaciones...

—Pueden olvidarse esta mañana.—Andrés, añadió dirijiéndose al cochero; si llueve vuelva usted á las seis.

—Bien, señora.

No tuve otro remedio que dar el brazo á mi Ariadna, y así, despues de haber subido algunos escalones, penetramos en un elegante salon.

Una vieja, blanca y aseada, como las que se ven en los cuadros de Rubens, salió á recibirla, y los frescos labios de Camila, humedecieron la seca frente de su anciana parienta. Yo me incliné tambien delante de ella, y pocas presentaciones habrán sido tan sencillas, y al mismo tiempo tan afectuosas como lo fué la nuestra.

Apenas nos habíamos sentado cuando Camila me dijo sonriendo.

—Dispénseme usted si le abandono por unos instantes, pero tengo que dar algunas disposiciones.

—Cuando usted guste, le contesté; y se perdió en un gabinete próximo. Hasta entonces no conocí lo raro de mi posicion.

¿Qué deberia yo pensar de aquella mujer? y por otra parte ¿qué pensaria ella de mí? Sin saber porqué mi corazon se inclinaba hácia el suyo. ¿Lo habia comprendido, y trataba de entretenerse jugando con mi corazon? Esta idea ha turbado durante mucho tiempo la tranquilidad de mis sueños.

Apenas trascurriria un cuarto de hora, que me bastó para apreciar la discrecion y amabilidad de la anciana tia de Camila; cuando esta volvió á presentarse en el salon. Me pareció mas hermosa que antes: habia dejado el traje serio, y vestia una bata de gró listada, sujeta á la cintura con un cordon azul, del que pendian unas borlitas de seda y plata. Sobre su cabello, negro como sus ojos, ceñia un elegante prendido, y su breve pié despojado de la estrecha bota, se escondia en unas zapatillas de raso bordadas de flores, que pudieran por lo bellas, engañar á mas de una mariposa.

Sentóse en una butaca, no lejos de la mia, y yo dí principio á mi conversacion.

—Señora, exclamé, ignoro cómo explicar á usted mi sentimiento, y cómo alcanzar mi disculpa; lo que he hecho ha sido seguramente muy poco meditado, pero no dudo que hará usted justicia á mis intenciones, templando así el pesar que me causa el que no hayamos conocido por tan breves momentos, y el mayor aun de que tal vez no volvamos á vernos.

—Amigo mio, si alguno de los dos debe disculparse, no es usted seguramente; un acto de galantería y de consideracion, no necesita disculpa; lo que podria necesitarla es el haber abusado de usted hasta el extremo de aceptar una oferta que usted hacia de buena fé, y que yo no podia admitir sino con segunda intencion.

—De cualquier modo, la casualidad que nos ha reunido, ha sido una casualidad funesta para mí, pues no olvidaré en adelante un nombre que ha dejado un eco en mi alma.

—Yo no pido á usted que le olvide; consérvelo si le place como prenda de mi amistad, con la que puede us-

(1) tomado del libro que acaba de publicar D. Matítulo de «Doce reales de prosa y algunos versos amos autorizados. Hállase de venta en la librería de la Victoria, n. 9—Madrid.

© Biblioteca Nacional de España

ted contar desde ahora.

—Gracias, señora, gracias: yo procuraré á mi vez hacerme digno de merecerla.

—Al llegar á este punto una de las puertas del salon se abrió, y dió paso á un criado de librea, que dijo con voz respetuosa:

—Señora, cuando V. S. guste.

—El almuerzo nos espera, vamos.

Tal Ordenó Camila, y me llevó con irresistible atraccion al comedor.

El reloj que habia sobre la chimenea señalaba la una. ¡Cuántos sucesos en dos horas!

Mi cabeza era un volcan: creia amar á aquella mujer con delirio, y aquella mujer me parecia un misterio, cuando no un imposible. Hasta hubo momentos en que recordando la causa de mi aventura, exclamé casi poseido de la rabia: ¡maldito napoleon!

(*Se continuará.*)

MANUEL DEL PALACIO.

MARIA.

I.

Hácia el año de 1802 habitaba en una pequeña ciudad del antiguo reino de Jaen un anciano y honrado labrador, en union de su esposa y de su única hija María, objeto del cariño de ámbos. Jóven y bella esta, reunia á los encantos de la naturaleza un alma noble y generosa: y educada con toda la sencillez propia de un pueblo enteramente agrícola, lejos del bullicio de las grandes ciudades y de sus corrompidas costumbres, era el báculo de la vejez de sus achacosos padres. Admirada por su modestia, querida por su buen corazon y respetada de todos, María era un ser angelical, un tesoro inapreciable, tanto que no se podia menos de sentir hácia ella uno de esos afectos que nacen del fondo de nuestra alma.

Habia visto en la misma ciudad, desde sus primeros años, á un jóven de su edad á corta diferencia, pundonoroso, valiente y tan modesto como ella; pero Jorge, que tal era su nombre pertenecia á una familia noble y poderosa. Sus padres, muy distantes por su estado de los de María, llenos de preocupaciones y de orgullo, miraban en su hijo al heredero de su nombre y de su casa, y el que, segun expresaban, debia elevarla al mas alto grado de esplendor. Para esto, tenian proyectado su enlace con una prima suya, hija del marqués de ***, y sucesora en el título y bienes de su padre; pero Jorge no participaba de semejantes proyectos, porque habia mucho tiempo que amaba á María, de quien era correspondido. Estos dos jóvenes, con almas de fuego, y con una imaginacion vehemente, habian simpatizado desde la infancia. Los padres de María habian observado con harto disgusto la pasion que la dominaba, y conociendo la diferencia de clases de uno y otro, trataron de evitar, *por todos los medios posibles*, el que aquella se acrecentara; mas era ya demasiado tarde. María amaba por la primera vez, amaba con todo el entusiasmo de los diez y ocho años, y aquella pasion, que se habia fortificado con el tiempo, era muy difícil de extinguir. El viejo Anselmo, conociendo que estaba en una edad muy avanzada, y tanto su esposa como él casi á las puertas del sepulcro, determinó fijar la suerte de su hija y alejarla del abismo que veia abierto bajo de sus piés; á este fin trató de casarla con Antonio, jóven labrador de aquellas cercanías, que segun fama era el mas honrado de todos los mozos; pero la esperanza del padre de María se vió frustrada en el instante: ni súplicas ni amenazas bastaron para obligarla á dar su consentimiento. ¡Ella querer á otro que á Jorge! ¡Imposible! Jorge era su único pensamiento, Jorge no era capaz de mentir. Le habia dicho tantas veces que la amaba... Pero ¿porqué se tarda tanto en ir á verla? ¿estará enfermo? ¿le habrá sucedido algo? Sumergida en estas reflexiones la sensible María, apoyada en una ventana viejísima, parecia mas bien una estátua de yeso que no una mujer en el principio de su florida primavera: las horas pasaban y con ellas su esperanza. ¡Qué agitado se encontraba su corazon! ¡No verle, no escuchar aquella voz querida que resonaba tan dulcemente en el fondo de su pecho... esto era horrible! Acaso le habrán detenido á su pesar: sí, sí, mañana le verá, y él mismo le dirá todo lo que ha estorbado su visita... Con este consuelo, que creó en su acalorada imaginacion, se retiró de la ventana con paso silencioso.

Sin embargo, habian trascurrido cinco dias sin ver á Jorge, y la desconfianza se iba apoderando del alma de María. ¿Si amará á otra, ó acaso se creerá desdorado con el cariño de una jóven de humilde cuna?

—Si yo le viese, decia, una sola palabra pronunciada por sus labios disiparia mis sospechas; pero vivir en esta incertidumbre: ¡oh, esto es horroroso!

Y se dirijió al mismo sitio que los dias anteriores: de allí á poco rato vió á un hombre que se paseaba por bajo de la ventana, y reconoció ser un criado de Jorge. ¿Qué nuevas le traeria? ¿vendria á derramar el bálsamo del consuelo en su desgarrado corazon, ó acaso á hacerle apurar hasta las heces el cáliz de la *amargura*? Ya se acerca, la jóven labradora se aproxima todo lo que es posible, como el que espera calmar sus angustiosos afanes.

—María, le dice á media voz, tomad esa carta de mi amo.

No bien habia concluido estas palabras, la arroja dentro de la habitacion, desapareciendo rápidamente sin aguardar contestacion de nuestra jóven.

—Bien decia yo; él me ama: sí, sí, me ama.

Y diciendo esto, abre aquella carta que quisiera poder leer con una rápida ojeada, cuyo contenido era el siguiente:

«María, soy muy desgraciado: cuando leas esta carta fatal, estaré muy distante del suelo que nos vió nacer. Me precisan á abandonarlo; pero en todas partes te amaré; solo dejando de existir podrá extinguirse mi cariño; y si algun dia nos volvemos á ver, no te quedará duda alguna de la sinceridad de mis palabras.

JORGE.»

¡Qué pluma es capaz de describir el sentimiento y la desesperacion de la apasionada María! Ver destruidas en un solo momento las ilusiones de su vida, su porvenir, sus sueños de felicidad... ¡Pobre jóven! que se habia creido dichosa en medio de un mundo que no conocia, porque ignoraba que en él existian el orgullo, la intriga, la falsedad y todas las malas pasiones que dominan el corazon humano!

A sus gritos de desolacion acudió en su socorro toda la familia: el viejo Anselmo queria inquirir la causa de aquel estado de desesperacion, y no pudiendo María satisfacer á sus preguntas por hallarse en un estado convulsivo, observaba sus mas pequeños é imperceptibles movimientos. Pero bien pronto llegó á saberlo todo. Algunas palabras escapadas de entre los balbucientes labios de la desventurada jóven, y la carta que en el exceso de su desesperacion habia dejado caer, impusieron lo bastante á Anselmo: pero este padre bondadoso no pensó mas que en la vida de su hija, é inmediatamente la hizo conducir al lecho y llamar al facultativo mas afamado de la poblacion.

Su anciana madre lloraba á la cabecera de su cama con los ojos fijos en el pálido rostro de María: en esto se presentó el médico, el que hizo diferentes preguntas á los padres de esta acerca de los sucesos anteriores á aquella enfermedad repentina. Anselmo le refirió todo lo acaecido: y el facultativo, despues de pulsar y examinar detenidamente á la enferma, declaró por último que estaba acometida de una fiebre ardiente, que ponia en peligro su vida.

¡Desventurados padres! ¡qué noticia acabais de recibir! Vosotros que amais tanto á vuestra María y veis al borde del sepulcro tan bella juventud, tanto candor, y sobre todo... una hija. ¡Ay! ¡qué prueba tan terrible para vuestros corazones!

La enferma se hallaba en un estado digno de compasion; sus ojos amortiguados, sus labios entreabiertos, próximos á exhalar el postrer suspiro, y aquel abatimiento en que se encontraba, afirmaban mas y mas la declaracion del facultativo.

A las veinte y cuatro horas debia terminar la crísis, y salvar á nuestra desventurada jóven, ó hundirla para siempre en el fondo del sepulcro. ¡Qué horas tan angustiosa son aquellas en que lucha la vida con la muerte, y concebimos un rayo de esperanza, que en un solo momento puede extinguirse! Anselmo y su mujer elevaban al Todopoderoso fervientes oraciones por la vida de María, interrumpidas sin cesar por continuados sollozos; pero á cada momento se agravaba mas, y el médico, que no se separaba de la cabecera de la enferma, iba perdiendo las pocas esperanzas que habia concebido.

Llegaron por fin los fatales momentos que debian decidir de la existencia de María. El médico alcanzó, á fuerza de repetidas súplicas, que se retiraran de la habitacion los padres de esta, y solo una criada y él quedaron junto al lecho de la jóven moribunda. La fiebre estaba en todo su incremento. Su vista se habia animado de un modo particular, y sus miradas eran vagas é inciertas: sus labios se entreabrieron para murmurar estas palabras, que apenas pudieron ser inteligibles:

—Jorge no... me ama... morir... sí... madre mia... perdónamé...

No bien habia concluido estas frases, que denotaban claramente el objeto que dominaba en su pensamiento, cuando volvió á caer en un estado de estupor completo.

—Imposible es salvar su vida, exclamaba el médico. Todas las señales denotaban una enagenacion mental, de la que sucumbiria dentro de pocas horas. ¡Pobre jóven!

Repentinamente quiere arrojarse de la cama como si viera algun objeto que la horrorizara, y principia á gritar frenéticamente:

—¡Socorro, socorro!...

La crísis vá á terminar: la alteracion vá desapareciendo, y un sudor frio principiaba á helar sus miembros: los latidos de su corazon eran casi imperceptibles, y sus hermosos ojos se iban á cerrar para siempre...

El facultativo, conmovido por tan dolorosa escena, tiene que dejar por algunos momentos aquella habitacion, donde bien pronto solo podrán contemplarse las formas de un cadáver: tan solo Magdalena permanece junto al lecho de su señorita: la fiel y leal criada quisiera con su aliento y con sus caricias vivificar la existencia de María. Esta entreabre sus amortiguados ojos... coje la mano de Magdalena que oprime fuertemente entre las suyas, y se esfuerza para pronunciar algunas sílabas.

—Hable Vd., señorita mia, desahogue Vd. su corazon conmigo, nada tiene Vd. que temer de la pobre Magdalena.

—Gracias... ami...ga; yo... le lo agra...dezco.

—Señorita.

—Mag...dale...na...

El frio de la muerte hiela sus palabras: un grito doloroso exhala la inconsolable criada, y cae desmayada á los piés de la cama de María. Entra precipitadamente Anselmo y se arroja al cuerpo de su querida hija; ningun poder es suficiente para detenerle.

—¡Mi María ha muerto! exclama con acento doloroso.

Fuera de sí la estrecha contra su corazon, surcan sus megillas copiosísimas lágrimas, y en medio de su delirio acusa al cielo de injusto. Desventurada madre! tú tambien lloras una pérdida irreparable, tambien tu corazon está traspasado como el de Anselmo; ved aquí lo que son las leyes del destino. Cuando fundábais todas vuestras esperanzas en esa hija cariñosa, que debia aliviar vuestra vejez y haceros agradable el resto de vuestros dias, despues de tantos años de afanes, de tantas noches como habreis velado su sueño en derredor de su cuna ó á la cabecera de su lecho, la muerte, inexorable siempre, viene á destruir vuestras mas caras ilusiones.

El médico y varios amigos conducen á la triste madre á otro aposento, y á viva fuerza tienen que arrancar al inconsolable padre de aquel lecho mortuorio. Entre tanto vuelve en sí la pobre María, á la que se le suministran todos los recursos del arte.

II.

Triste aspecto presentaba al dia siguiente la casa del desconsolado Anselmo: una gran multitud de gente se agolpaba á la puerta, para ver por última vez el féretro de la virtuosa María. Entre tanto el desventurado padre, ansioso de poseer una prenda que no se hubiera separado nunca de su hija, rogó al médico que cortase un rizo de la cabellera de ébano de aquella para tener el consuelo de llevarlo sobre su corazon. Este hombre, ángel consolador de esta desgraciada familia, volvió á satisfacer los deseos del venerable anciano: entra en el aposento y se dirije hácia aquel cuerpo inanimado; al través de los opacos candelabros contempla aquellas facciones algunas horas antes animadas por la vitalidad.

—¡Virtud y belleza, exclama, pronto os convertireis en un poco de polvo!... Inocente jóven, ¿quién te diria que habias de terminar tan pronto una vida sembrada de risueñas ilusiones? ¡Qué mísera es nuestra deleznable existencia! Vemos la luz por primera vez, y la saludamos con nuestras lágrimas; sigue el trascurso de los años, y juguetes de encontradas pasiones, arrastramos una existencia llena de amargura. ¡Infeliz María! tambien tú has padecido, tambien has sido víctima, porque albergaba tu pecho un alma noble y una extremada sensibilidad. ¡Ah! si yo pudiera volverte á la vida para prolongar la de aquellos que te dieron el ser... Nada, está yerta, fria... Salgamos pronto de esta mansion de horror.

Efectivamente se adelanta, dá algunos pasos hácia la puerta; pero un suspiro hiere sus oidos; retrocede y examina de nuevo el cadáver...

—No hay duda, ha muerto, ha muerto para siempre, repite diferentes veces; mas al ir á alejarse por última vez se detiene repentinamente, ha escuchado un nuevo quejido, y allí no hay nadie sino él: su actitud tétrica, la palidez que cubre su rostro, manifiestan que aquel hombre, acostumbrado á recibir el último suspiro de los moribundos, se halla dominado por el terror... por el miedo. Un frio mortal circula por sus venas, y apenas se atreve á mover los labios para recitar una oracion.—¿No he tocado su helada mano? ¿no he observado yo aquel cuerpo inmóvil? Desechemos infundados y fantásticos temores; mi deber es cerciorarme definitivamente y reconocer este féretro... ¡Dios mio! ¿es un sueño? Aun late su corazon; sí, sí, todavía existe. Anselmo... Anselmo, María, venid, venid, vuestra hija vive.

¡Qué emocion de alegria no produciria en toda aquella familia esta noticia!

Sus padres se precipitan sobre el lecho de María, prodigándole cariñosos besos y extremadas caricias.

—¡Gracias, Dios mio! exclamaba Anselmo, me habeis vuelto á mi hija, tomad mi vida en cambio de la suya. ¡Hija mia, María!... ¡Ah! ¡si despues de haber gozado este consuelo, la muerte me la arrebatase!

—No, interrumpió el médico, Dios ha oido vuestras súplicas, y espero con su ayuda que la he de salvar.

Al decir estas palabras tenia fija la vista sobre la moribunda jóven, como si quisiera leer en su semblante lo que experimentaba interiormente.

—Retiraos, se necesita ahora mucho silencio, y sobre todo mucha tranquilidad.

—¿Y si mi hija muere?

—No querrá Dios.

—¿Vos creeis que puede vivir todavia?

—Por lo menos así lo espero.

—¡Ah! volvednos á nuestra María, y mis bienes, mi sangre, todo es vuestro.

—Pobre anciano, ojalá puedas volver á abrazar á tu hija, decia entre sí el facultativo.

Inmediatamente le aplicó varias medicinas que produjeron un sudor copioso y continuado, y á manera del que despues de una pesadilla entreabre los ojos y duda todavia del sitio en que está, así nuestra enferma principió á querer reconocer su habitacion y los objetos que la rodeaban; su semblante habia tomado mas vivacidad, y poco á poco logró incorporarse algun tanto. El médico, que no se habia separado de la cabecera un solo instante, notó con alegria esta mutacion extraordinaria, y habiendo continuado progresivamente, declaró á las veinte y cuatro horas que no habia temor por su vida.

Sucedióronse los dias, y María continuó en su convalecencia perfectamente, hasta llegar á recobrar el primer estado de su salud, á pesar de haber perdido aquella alegria que le era tan habitual. Melancólica siempre, dominada por pensamientos lúgubres y sombrios, no era aquella jóven risueña y vivaracha de otros tiempos. Al contrario, la risa habia huido de sus labios; al carmin de sus megillas habia sustituido un color amarillento, y á su carácter dulce y apacible, el descontento y el mal humor.

—Hija mia, decíale un dia Anselmo, ¿qué falta á tu felicidad? ¿porqué esa tristeza? ¿No tienes padres que te aman y lo sacrifican todo por ti? ¿Acaso quieres brillar

© Biblioteca Nacional de España

en el gran mundo? ¿Anhelas otra vida menos oscura apeteciendo tu alma el brillo de las ciudades populosas? Dí, responde, María. Ya sabes que nuestras facultades son suficientes para todo esto.

María estrechaba contra su corazon á su anciano padre; habia en sus miradas cierta dulzura que estaba en armonía con sus palabras.

—Apenas restablecida de una enfermedad peligrosa, bien conocereis que no he recuperado todavía mis fuerzas, así físicas como morales, y creo no debeis extrañar mi estado de abatimiento, que desaparecerá poco á poco.

—No, María, no es tu abatimiento lo que he extrañado, sino tu tristeza. En vano procurarás disimular, tu sonrisa es forzada.

—¡Padre mio!

—Tu carácter es otro enteramente; ¿no es suficiente para tu dicha nuestro amor? Demasiado he conocido que me habia confiado en que el tiempo conseguiria lo que yo no habia podido conseguir; el olvido de ese hombre. Veo á mi pesar que ese es el orígen de tu tristeza, de tu melancolía, como lo fué de tu pasada enfermedad. ¿Crees tú que si Jorge pudiera labrar tu ventura, que es la mia, me hubiera opuesto tan tenazmente? No, hija mia. Pero el hombre que es objeto de tu cariño, pertenece á una familia noble y orgullosa; sus bienes exceden á los tuyos, y Jorge, educado en esas rancias preocupaciones, miraria con desprecio á su mujer, si fuera la hija de un labrador, de un pobre hombre, segun ellos dicen. ¿Y habria entonces felicidad para tí? Al verte despreciada, ultrajada por ese ídolo, entonces, María, entonces llorarias amargamente tu desgracia irreparable, y serias una víctima sacrificada á la vanidad de una familia de idiotas.

(*Se continuará.*)

NO HAY NIÑOS.

He llegado á sospechar que el órden de los números aplicado á los años, ha experimentado una gran perturbacion.

Es decir, que por lo que yo observo, se llega en estos tiempos á tener veinte años mucho antes que á tener diez y seis.

Ó de otra manera: apenas hay niños.

Parece que la inocencia no quiere detenerse mucho tiempo sobre la tierra y nos vuelve la espalda antes de que hayamos podido sustituirla con la razon.

Es curioso ver cómo empezamos á ser hombres antes de haber dejado de ser niños.

Hay flores tan fugitivas que mueren casi al mismo tiempo que nacen, como si la pena de haber nacido les causara la muerte.

Madrid es una especie de paraiso donde la inocencia se pierde muy pronto.

No hay nada mas triste que esos hombres de diez años y esas mujeres de ocho que tan frecuentemente se encuentran en Madrid.

La civilizacion no ha querido sujetar sus pasos precipitados al acompasado movimiento de la naturaleza.

La civilizacion no podia permitir que la inocencia ejerciera el monopolio de la infancia y fecundando la tierra con el prodigioso *guano* que ella misma elabora en sus entrañas, ha producido esa mezcla monstruosa de niño y de hombre que forma el conjunto de la generacion que nos empuja.

Madrid es el pueblo mas alegre del mundo: solo hay aquí una cosa triste: los niños.

Se les vé con esa pena con que miramos los frutos que se pudren antes de haberse sazonado.

Verdes aún y podridos ya.

¡Cuánta malicia en esos ojos de ocho años, en los que brilla todavía un relámpago de inocencia!

¡Qué palabras en esos labios sonrosados aun por la aurora de la vida!

¡Qué ideas en esas pequeñas cabezas, tan ligeras y tan graciosas que parecen hechas solo para llevar coronas de flores!

¡Cómo hablan estos hombres de diez años!

¡Cómo miran estas mujeres que apenas han cumplido ocho!

Me parecen pequeñas y graciosas vasijas de barro bruñido en las que la civilizacion va depositando gota á gota el veneno que destila.

Hé aquí cómo se empalman las dos generaciones que tenemos á la vista.

Los viejos pervierten á las niñas.

Las viejas á los niños.

La generacion que se va, se detiene para recibir en sus brazos á la generacion que se adelanta.

Así se incuba lo viejo en lo nuevo.

Así el niño recibe el gérmen de la decrepitud.

Morir sin dejarles nada á nuestros herederos, seria una repugnante avaricia.

Justo es que al morir les dejemos toda nuestra fortuna, toda esta inmensa sabiduría en que nos revolvemos,

Es preciso que puedan decir que son nuestros herederos.

Les dejamos en nuestro testamento un Madrid modelo de civilizacion.

Los niños son una especie de espejos que reflejan todo lo que ven.

Y como los ojos de los niños son unos instrumentos nuevos, que no están gastados por el uso, todo lo ven.

En Madrid se vive como si no hubiera niños.

Nada se esconde á la mirada curiosa de estos seres, de estos puñados de tierra tan llenos de vida y tan dispuestos á fecundar el gérmen que en ellos se deposite.

Ni los libros que corrompen el corazon y las ideas.

Ni las estampas que semejantes á un corrosivo borran el pudor que Dios ha puesto en el alma como el principio de todas las virtudes.

Ni el ejemplo, esa pendiente que cada vez mas rápida nos lleva de la mano al fondo del abismo.

Madrid lleno de atractivos para despertar el incentivo de los vicios y las pasiones de los viejos no le oculta nada á los niños.

Esta civilizacion que es la muerte de la poesía, de las artes, de los sentimientos, es tambien la viruela de la inocencia.

Niños os encontrareis en las casas de juego.

Niñas en las casas de prostitucion.

Pequeños hombres y pequeñas mujeres que los vicios recojen porque la sociedad los tiene abandonados.

Hay una estadística que no se ha hecho.

Seria una vergüenza, un dolor y un asombro presentar en la desnudez de unos cuantos guarismos el número de niños que todos los años, que todos los dias entran en las cárceles, en los lupanares y en los garitos.

Escuelas públicas donde se enseña la práctica del vicio, cuya teoría se enseña en otras cátedras públicas tambien.

Decidle á una madre en cuyo seno duerme dulcemente el hijo de sus entrañas, que se han presentado varios casos de viruelas, de crup ó de cualquiera de esas otras enfermedades que son el verdugo de los niños.

Al momento la vereis rodear al hijo de su alma de todas las precauciones, de todos los cuidados que puedan impedir el contagio.

No lo apartará ni un momento de sus brazos, como si quisiera formar con ellos al rededor del niño un cordon sanitario.

No le dejará respirar mas que su propio aliento, que ella pondrá con sus labios en la boca de su hijo despues de haberlo purificado en su corazon con el perfume de su cariño.

Esta madre no descansa, no duerme, no vive.

El crup, las viruelas... ¡qué terribles enfermedades!

Veamos la otra cara de la medalla.

El niño tiene diez años.

La naturaleza lo ha hecho hermoso y los cuidados de su madre lo han hecho sano y robusto.

Decidle á su padre que en la misma calle donde él vive se han presentado dos casos de dos terribles enfermedades.

Una casa de juego y una casa de prostitucion.

De diez padres á quienes se participe esta noticia, siete se encogen de hombros, dos disertan algunos minutos sobre la corrupcion de las costumbres, y uno se acuerda que tiene un hijo de diez años.

Yo pregunto:

¿Será mas terrible la muerte del cuerpo que la muerte del alma?

¿Porqué examinamos con tanto empeño la salud de la nodriza que ha de amamantar nuestros hijos y apenas averiguamos quién es, qué piensa, qué sabe el hombre que ha de amamantar su entendimiento?

¡Pobres padres! Teneis para vuestros hijos escuelas, colegios, institutos, universidades. Los gobiernos están encargados de señalar los maestros, á quienes habeis de entregar el alma inocente de vuestros hijos.

Esos maestros, cuando no los nombra el favor, la amistad ó la intriga, los nombra la suficiencia: el que parece que sabe mas historia, mas química mas leyes ó mas medicina, ese puede ser tambien elegido.

El maestro de vuestros hijos puede ser ó amigo del ministro, ó hermano de algun elector influyente, ó un orador temible, ó un periodista incansable, ó un sabio.

De esto estais seguros.

Pero ¿dónde encontrareis los títulos que os aseguren la rectitud de sus sentimientos, la pureza de sus costumbres, la piedad de su razon; en una palabra, su religion, su moral, su virtud?

La perversion que desciende de los labios de los maestros, las sombras y los errores que se enseñan en vez de la verdad y de la luz, es mil veces peor que la sangre viciada que el niño recibe del pecho de su nodriza.

Un niño enfermo inspira compasion, pero un niño corrompido inspira horror.

Pero yo pregunto otra vez.

¿Porqué tanto cuidado para que el niño no lleve á sus labios un alimento demasiado fuerte para la delicadeza de su estómago, y tanto abandono para dejarle llenar su entendimiento con los brevages de tanto libro envenenado.

Lo reservamos de la humedad, del sol, del aire, del calor, del frio.

Cualquiera de estas cosas puede alterar su salud, debilitar su constitucion, quebrar el frágil vidrio de su vida.

Pero un libro malo, un maestro corruptor, un amigo pervertido, son cosas que apenas nos llaman la atencion.

Estoy seguro que ninguna madre llevará á su hija á la casa de un enfermo, cuya tos pueda despertar la sospecha de que está tísico.

Pero no dudeis que esa misma madre llevará á esa misma niña á todos los teatros, á todos los bailes y á todos los salones.

Esa misma madre, que le prohibirá aspirar un perfume demasiado fuerte para sus nervios, la habrá dejado ya que aspire, página á página la atmósfera deletérea que se escapa de toda esa brillante literatura de nuestros tiempos.

Antes que una niña sepa qué palabras son las que mejor sientan en su boca de ángel, sabe perfectamente qué color, qué adorno, qué cinta realza mas la hermosura de su cara de mujer.

Dá una verdadera tristeza ver en Madrid estos hombres de diez años que fuman, que juegan, que blasfeman.

Esas niñas que, apenas han cumplido nueve años, y ya han adquirido todos los secretos de la coquetería y de la vanidad.

La naturaleza se venga de esta violacion de sus leyes.

Por eso vemos usureros de veinticinco años.

Decrépitos que no han cumplido todavía treinta.

Libertinos que no han pasado de quince.

Almas heladas en medio de la primavera de la vida.

La juventud que viene detrás de nosotros, presenta una terrible precocidad.

Adquiere todos los vicios de la vejez, y no conserva ninguna de las virtudes de la juventud.

¡Qué razonable son todas sus locuras!

¡Con qué formalidad se corrompe!

¡Qué dignamente se envilece!

¡Qué bien se pierde!

No podemos negar que es hija de su madre.

Es posible que sea una generacion ilustrada; pero es imposible que sea una generacion buena.

JOSÉ SELGAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE RASO BLANCO, cubierto por una enagua de tul adornada con seis rizados de tul; en el lado derecho tres ramas largas de follage se extienden desde el cinturon hasta el borde del trage; corpiño escotado, con peto de muselina bordada debajo del corpiño abierto en forma de corazon; una banda de cinta ancha verde se sujeta encima del hombro derecho, se anuda en la parte inferior del talle debajo del brazo izquierdo, y cae hácia este mismo lado en dos cabos desiguales; lazos sin cabos sobre el hombro izquierdo. Para peinado, guirnalda de follage. Si el raso se sustituye con tafetan, este equipo conviene á una jóven soltera.

TRAGE DE TAFETAN PUNZÓ, guarnecido con tres volantes encañonados, sobre los cuales corre un bullon y una cabeza; los volantes se guarnecen por cada lado con un encaje blanco y un encaje negro estrecho. Segundo trage de tul de felpilla negro y blanco, llevando tambien por guarnicion un encaje blanco y otro negro; el corpiño escotado, está cubierto de tul de felpilla con berta igual, la enagua de tul de felpilla vá recojida en ámbos lados por un cordon de felpilla negra y blanca terminado en dos borlas. Peinado de flores de capricho ejecutadas en terciopelo punzó, mezcladas con marabus blancos y estrellas de nácar; una mariposa de nácar blanco con venas negras, está puesta á manera de broche en medio de las flores y de los marabus.

Solucion de la charada del número 17.

LEOPARDO.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España